

M. P.-S.

## Un nuevo gran poeta de Colombia: Rafael Maya

**F**lorece actualmente en esa tierra de escritores y humanistas que es Colombia, una nueva generación literaria que promete como ninguna otra generación prometiera desde la muerte de José Asunción Silva y la iniciación de Guillermo Valencia. Se denomina ésta generación la de 1925 porque en dicho año publicó Rafael Maya su «Vida en la sombra» y se dió a conocer ese muchacho curioso y errante que intercepta todas las extrañas T. S. H. del arte moderno, que se llama Jorge Zalamea. (El pequeño Zalamea que ya hizo su jira inaugural por tierras de México).

Casi ninguno de estos muchachos llega a los 25 años y traen a la literatura colombiana, con ese equilibrio que parece característico de un país donde se hacen tan apretados estudios clásicos como Colombia, valores de renovación. (Colombia no puede dejar de hablar en buen castellano y las reminiscencias clásicas ¡Oh el Latín y el Griego que se enseñan en el centenario Colegio del Rosario y en los institutos provinciales de Pamplona, Medellín o Bucaramanga, se mezclan a las truculencias y arlequinadas de Dadá!).

En la poesía, la voz de Rafael Maya, es entre todas las voces nuevas la que parece más clara y segura. Se le ha comparado con Paul Claudel por su diáfano helenismo, por el valor elemental que sabe darle a las palabras y por el soplo sostenido

de su inspiración. Como Paul Claudel, Maya está enamorado de los elementos y hasta los sucesos íntimos se aparecen a su poesía como sucesos cómicos. Tiende al adjetivo sustantivado, homérico.

Ya ésta frescura elemental se revelaba en su primer libro «La vida en la sombra», en medio de las inevitables descripciones y madrigalerías de todos los que comienzan. Pero algunos poemas de ese libro primerizo como: «Vera», «La muerte de Adonis», «Vida nueva», «El mundo flor», «Los desterrados» y ese espléndido canto «A los poetas primitivos», pueden ya quedar entre lo mejor de la poesía colombiana de todos los tiempos.

Posteriormente Maya se ha hecho más expresivo. Y su nueva manera culmina en este poema «Domus Aurea» que publica hoy «Atenea» y que un diario de Colombia, «El Expectador» de Bogotá, comentaba en página editorial como un suceso público.

Maya es de Popayán, la ciudad de Guillermo Valencia. Y frente a la poesía cristiana y gótica, trabajada en buril del autor de «Amarkos», Maya así se define:

—Rapsodia del ciego—  
yo fui nauta griego.  
Coronaba de rosas la prora  
y el mástil erguía  
entre la alegría  
de los marineros bañados de aurora.

Mis ojos han visto  
la tierra de Cristo.  
Un vergel con sus anchos nopales,  
la Virgen morena  
que el cántaro llena  
y el niño que agita los ramos pascuales.

.....  
.....

Y ya cuando llega  
la tórrida siega  
cantarás las liturgias prediales:  
la floral canasta,  
y el buey, que en el asta  
lleva una guirnalda de ramas cereales.

## DOMUS AUREA

Como las casas de Israel  
levantadas en troncos de palmera,  
y en cuyos patios blanqueaban  
los sepulcros de los patriarcas,  
así te alzas, casa de mis abuelos,  
sostenida en columnas de roble  
y cruzada por vigas de pino.  
La tierra en que te asientas  
es buena, está abonada  
con huesos heroicos,  
y la riegan arroyos perpetuos.  
Tierra para el pan,  
tierra para el humo,  
tierra para los bueyes,  
donde se fabrican los hornos de arcilla,  
donde se queman las maderas olorosas,  
donde se labran los arados resonantes.  
Así te alzas, casa de mis abuelos.  
Eres fuerte  
como las tablas de cedro  
con que fueron vestidas tus puertas.  
Eres buena  
como las piedras redondas  
que descansan en la tarde del sábado.  
Eres justa  
como tus aguas nativas  
que se reparten en vertientes iguales.

Y eres ancha  
como tus campos que transforman  
en impalpables ondas de aire puro  
el temblor de la hierba amarilla.  
Así te alzas, casa de mis abuelos.

Una faja de piedra  
te ciñe, y apareces  
como un hombre que envuelve sus riñones  
en la piel de las cabras montaraces.  
Espesas higueras  
que dejan filtrar el humo de los fogones  
te rodean meciendo  
sus follajes oscuros  
donde resuena la lluvia de verano  
como en las tiendas de cuero  
improvisadas por una tribu bárbara.  
En tus patios se escucha  
por las mañanas el ruido de la cadena  
arrancada a los brazos serviles  
para subir el agua del pozo  
que se condensa en neblina irisada  
entre las hojas del brocal de ladrillo.  
Rústicas vides,  
enjoyadas de zarcillos húmedos,  
trepan por tu techo hospitalario  
vistiéndote de guirnaldas flotantes  
como a la nave destinada  
para celebrar las fiestas del vino.  
Tus portales se abren  
para que circulen las corriente aéreas  
que transforman la luz y conducen,  
como velas dormidas a lo largo del mástil,  
las vagas formas del silencio.  
Bajo tus aleros ahumados,  
o al pie de tus escaños de piedra

se guarecen inocentes colonias  
de abejas que distribuyen sus labores  
entre el follaje matinal de los sauces  
para volver, en la tarde,  
como un pueblo que celebra con pífanos  
su regreso a la patria,  
hasta los huecos abrigados  
donde la amargura de la tierra  
y el dolor del canto errante  
y el peso de las alas abrumadas de polvo  
se convierten en el grumo diáfano  
labrado en la sombra para contener  
la infinita dulzura de la luz creadora.  
Así te alzas, casa de mis abuelos.

Anchos ríos  
que ciñen islas verdes  
en cuyos árboles se posan  
aves desterradas de lánguidos climas  
conducen a tus puertas  
la riqueza de regiones extrañas,  
al balanceo de las barcas  
que zozobran con la abundancia de frutos  
como continentes ahogados  
bajo el peso de un otoño excesivo.  
Innumerables caminos,  
labrados por la pesuña de las bestias,  
parten desde tus murallas  
como mensajeros de boca de oro  
que celebran tu fuego  
siempre encendido entre las piedras  
del hogar; la bondad de tu vino  
que se enfría debajo de los árboles  
en el cántaro que se ofrece al cielo  
como el vaso litúrgico  
que contiene la sangre de un santo;

la pureza de tus aguas  
que describen, sobre el césped inculto,  
curvas ágiles como el salto de un galgo;  
la paz de tus graneros  
grávidos como el vientre  
de una mujer que en las noches de estío  
mulle el lecho con solo su cabellera;  
tus viejas panoplias  
hechas con las astas salvadas  
en las hecatombes de bueyes,  
y de donde cuelgan las armas  
que dirimen contiendas forales  
y despejan de alondras el cielo.  
Así pregonan los caminos  
tu vida fecunda,  
tu próspera hacienda,  
tu sencillez desnuda  
olorosa a las hierbas saludables  
que arraigan en el umbral de tus puertas.  
Así cantan tu vida,  
fuerte y alegre  
como un casco de acero  
donde se mece una pluma lánguida;  
o como tus arados  
en cuya reja amanecen los pájaros,  
o como la frente de tus hombres  
que, al salir de la noche,  
se cubre de gloria como el cielo del alba.  
Pero, muy adentro  
en la cámara de robusto artesonado,  
junto al lecho de pabellones oscuros,  
sobre el estrado donde arden los braseros,  
frente a las imágenes piadosas,  
o en medio de los espejos antiguos  
reparte su ademán sapiente  
la flor de tu sangre,

la entraña de tu pueblo,  
la palma de tu raza,  
la raíz de tu tierra:  
Eso eres, oh madre, bajo la fôca humilde  
que te circunda de días.  
Eres hermosa como un templo  
edificado sobre una colina.  
Las siete virtudes te coronan  
como torres que defienden una ciudadela.  
Tu corazón es equilibrio de fuerzas  
como una cúpula.  
La edad no ha llegado a tus sienes  
y eres como una piedra  
gastada por el sol únicamente en la base.  
Tu delantal alegre  
renueva sus flores dentro del agua  
de modo que siempre vas envuelta  
en un ligero verano.  
Animas las cosas  
como el mismo grito de júbilo  
con que nos diste la vida.  
La buena alegría  
te ciñe de una zona dorada  
como si estuviese detrás un ángel  
inflamando la atmósfera con su vuelo.  
Y pisas la tierra  
con el pie de los árboles.  
Por eso te sostienen los muertos  
y por eso, ya vuelvas la frente  
al lado de la noche,  
o al lado del día.  
te levantas como la columna firme  
labrada en oro de la raza  
y en bronce de la tierra.